

Editorial

El siglo XXI nos espera con una población mayor de 6.000 millones de habitantes, de la que sólo el 20% vivirá en países desarrollados. En nuestro Tercer Mundo, 600 millones de personas padecerán hambre crónica, 800 millones serán analfabetas, 1.500 millones carecerán de acceso a la atención médica y 1.700 millones nacerán con una esperanza de vida inferior a los 60 años. Diez millones de niños morirán anualmente por causas prevenibles y otros diez se convertirán en deficientes físicos y mentales.

Si particularizamos más en nuestra América Latina, el tercer milenio encontrará 530 millones de habitantes de los que casi la mitad serán pobres y 84 millones alcanzarán entre estos últimos el calificativo de indigentes. En la población total, sólo el 60% tendrá acceso a los servicios médicos; la esperanza de vida será siete años menor, y la mortalidad infantil seis veces mayor que las reportadas en países desarrollados. El 15% de la población será analfabeta y casi igual porcentaje será desnutrido. Veinte millones de niños carecerán de hogar. Cinco millones sustituirán, muy a su pesar, las libretas escolares por cajas de limpiabotas u otros utensilios para ganar su sustento y un millón morirá anualmente por causas evitables. La migración hacia las ciudades, con el consecuente incremento de las villas miserias, será indetenible y se mantendrá en mayor o menor grado la discriminación de la mujer, del negro y del indio.

Proponemos que estos datos socio-económico-demográficos sean utilizados como marco referencial cuando valoremos los retos y alternativas en el siglo venidero de la psiquiatría, la más humana de las especialidades médicas, y profundicen nuestra apreciación del esfuerzo que debemos realizar para alcanzar la justa meta de sa-

lud para todos, ya que dichos indicadores se traducen inevitablemente en marginalidad, prostitución, mendicidad, hacinamiento, incesto, promiscuidad, discriminación, desamparo familiar y social, desempleo, rivalidad y hostilidad, expresadas en todas sus formas, factores altamente patógenos por la vía del stress mantenido durante una desigual lucha por la supervivencia, presente en todas las etapas de la vida y todas las clases y capas sociales, aunque con relevantes diferencias entre poderosos y desposeídos.

Los profesionales de las ciencias de la conducta enfrentarán a nivel mundial el reto implícito en una juventud desorientada vocacionalmente y desempleada, cuyos patrones más generales de comportamiento serán la violencia y la evasión entre las mayorías con menos recursos, y el hedonismo y el pasotismo en las minorías pudientes. El equipo de salud sentirá también las demandas crecientes de una población geriátrica cuyo aumento llevará al clímax la crisis mundial desde ahora existente, entre sus necesidades y los recursos planificados para su satisfacción, con el infortunado augurio de que se incrementan las cifras de autoquiritia y de personas sin hogar en este grupo etéreo donde precisamente alcanza su mayor nivel el reclamo de solidaridad humana.

Los trastornos neuróticos, psicofisiológicos y de la personalidad, las drogadicciones y los cuadros reactivos y situacionales en sus diferentes niveles de severidad, serán, junto al suicidio, las expresiones psicopatológicas más estrechamente vinculadas a éstos y otros factores psicosociales.

Otro gran reto estará implícito en el mantenimiento de las potencialidades patógenas de factores genéticos, conceptuales, congénitos y bioquímicos, cuyo conocimiento en profundidad y posibilidades

de control efectivo dependerán, en mucho, del avance que logren en el próximo siglo la ingeniería genética, las neurociencias y otras ciencias básicas, cuyos aportes permitirán reducir en algún grado los indicadores de morbilidad de afecciones, como el retraso mental, la esquizofrenia, los trastornos afectivos y delirantes predominantemente endógenos, y las demencias, entidades cuya atención habilitatoria y rehabilitatoria demandará importantes recursos.

Existirán también desafíos vinculados en cierto modo con el propio desarrollo científico-técnico y el descuido de la prevención ecológica, como los inherentes a una mayor accidentabilidad y exposición a noxas de naturaleza química, magnética, radiante o sonora.

El enfrentamiento exitoso a todas estas realidades será solamente posible con el desarrollo óptimo de nuestras posibilidades en la investigación, docencia, administración de la salud, prevención, diagnóstico clínico epidemiológico precoz, asistencia efectiva y rehabilitación integral en el contexto de un programa planificado para satisfacer las necesidades de todos, y desarrollado por personal especialmente preparado para cumplir tan importantes gestiones.

Permítasenos concluir estas reflexiones comentando brevemente una problemática mundial que, en nuestro criterio personal, constituirá uno de los grandes flagelos de la Humanidad en el próximo siglo y cuya solución demandará extraordinarios esfuerzos coordinados de los hombres y mujeres dignos que en el rol de jefes de estado, organizadores de salud y asistencia social, educadores, sociólogos, investigadores, juristas, periodistas, artistas, profesionales y técnicos de las llamadas ciencias "psi", y ciudadanos en general, sean capaces de sentir como suyos los sufrimientos de cientos de millones de esposas, padres e hijos que cotidianamente viven la catas-

trófica experiencia de ver a sus seres queridos consumirse en el fuego nada purificador del más absurdo de los comportamientos, por perseguir voluntariamente la desestructuración y mutilación de la función de mayor jerarquía entre todas las conocidas en el universo: la conciencia. Problemática a la que en sus diferentes modalidades están expuestos en mayor o menor grado todos los países del mundo y que en una nación de 250 millones de habitantes, que tomamos de modelo por la seriedad de sus estadísticas, determina anualmente afectaciones sociales que consideradas globalmente alcanzan, en su traducción económica, cifras que rebasan los doscientos mil millones de dólares, equivalentes a la mitad del total de la deuda externa de América Latina. Me refiero, como ustedes han inferido, al problema de las toxicomanías y subrayo entre ellas al alcoholismo, sin duda la más trascendente, por ser su efecto deletéreo social equivalente al producido por la suma de todas las restantes drogas conocidas hasta hoy. Finalmente quisiera destacar que existe consenso internacional acerca de que las alternativas idóneas para el enfrentamiento exitoso a esta problemática, trascienden con mucho las posibilidades del equipo de salud y demandan también esfuerzos multistatales orientados a combatir con igual énfasis la producción, tráfico, expendio y consumo de las drogas ilegales; garantizar el desarrollo de actitudes responsables ante las consideradas legales; y perfeccionar el control de las de uso médico.

Las expectativas de nuestros aportes profesionales se referirán en lo fundamental a la asesoría y colaboración óptimas en estos empeños preventivos y al esfuerzo máximo por desarrollar nuestras potencialidades asistenciales para aquellos que, pese a todo, se vean afectados por esta tragedia humana.

Dr. Ricardo González Menéndez